

Es más, se puede decir que en vez de acudir en su ayuda la nobleza romana, le cuesta muy cara al papa, porque una de las causas de sus pérdidas ha sido el dinero que prestó á los príncipes que especulaban... En realidad no hay más que Francia é Inglaterra en donde particulares muy ricos ó grandes señores, han hecho al papa prisionero y mártir, regias limosnas.

Se cita á un duque inglés, que todos los años traía una ofrenda considerable á consecuencia de un voto hecho para obtener del cielo una curación de un mísero hijo suyo, víctima de imbecilidad... Y no tengo para qué hablar de la singular cosecha realizada durante el jubileo episcopal y de los cuarenta millones que cayeron entonces á los pies del papa.

—¿Y los gastos?—preguntó Pedro.

—Ya os dije que ascienden á unos siete millones poco más ó menos. Se pueden contar unos dos millones para las pensiones pagadas á los antiguos servidores del gobierno pontifical que no han querido servir á Italia, pero hay que añadir que esa cifra disminuye todos los años, á consecuencia de las extinciones naturales... En seguida, y por lo alto, calculemos un millón para las diócesis italianas; un millón para la Secretaría y nunciaturas, y otro millón para el Vaticano.

En este último artículo comprendo los gastos de la corte pontifical, guardias militares, museos y sostenimiento y conservación del palacio y de la basílica...

Hemos llegado á cinco millones, ¿no es así? ¿Sf? Pues bien, poned los otros dos millones para las distintas corporaciones subvencionadas, para la Propaganda y sobre todo para las escuelas que León XII, con su gran sentido práctico, subvenciona con mucha largueza con el acertado pensamiento de que la lucha y el triunfo de la religión están ahí, en los niños que serán los hombres de mañana, y que defenderán á su madre la Iglesia si han sabido inspirarles horror hacia las abominables doctrinas del siglo.

A estas palabras siguió una pausa de silencio; los tres detuviéronse bajo la majestuosa columnata por debajo de la cual pasáronse muy despacio.

Poco á poco fué vaciándose la plaza de la multitud bu-

lliciosa que la llenaba, no quedando más que el obelisco y las dos fuentes aisladas en el deseo ardiente del simétrico pavimento; mientras que en pleno sol y bajo la cornisa de los pórticos de enfrente se destacaban las estatuas en noble é inmóvil hilera.

Por un momento y levantando de nuevo los ojos hacia las ventanas del papa, se figuró Pedro verle de nuevo en medio de ese arroyo de oro de que le hablaban, bañando toda su persona blanca y pura, todo su pobre cuerpo de transparente cera en medio de aquellos millones que ocultaba, y que contaba para gastarlos en la sola gloria de Dios.

—Entonces,—murmuró,—está libre de inquietudes ¿no tiene apuros?

—¡Apuros!... ¡Apuros!...—exclamó monseñor Nani, al que esa palabra puso fuera de sí, hasta el extremo de hacerle olvidar su diplomática discreción.—¡Ah, querido hijo!... todos los meses cuando el tesorero, cardenal Moce-nin, va á yer al Santo Padre, éste le entrega la cantidad que le pide y se la daría por muy considerable que fuese. Es cierto que tuvo la prudencia de hacer grandes economías, y que el tesoro de San Pedro, es más rico que nunca.

¡Apurado!... ¡Apurado!... ¡Dios mío!... Pues habéis de saber que si mañana el papado, por hallarse en desgraciadas ó difíciles circunstancias, hiciese un llamamiento directo á la caridad de los católicos del mundo entero, de sus hijos, caería á sus pies un millar de millones, lo mismo que ese oro, que esas alhajas que hace poco caían como lluvia en las gradas de su trono.

Calmándose de pronto y recobrando su acostumbrada sonrisa, siguió diciendo:

—Al menos es esto lo que he oído decir varias veces porque yo no sé nada, absolutamente nada, y es una suerte que se haya hallado precisamente aquí el señor Habert para informaros... ¡Ah! ¡Señor Habert! ¡señor Habert! Y yo que os creía tan alejado de todo esto, tan consagrado al arte ó desvanecido por éste, y tan ajeno á esas bajas cuestiones de los intereses terrestres!

En verdad que entendéis tanto de esas cosas como



banquero ó un notario... No desconfiéis nada... nada... ¡Estoy maravillado!

Debió comprender Narciso la ironía de aquellas frases, porque, en efecto, había en el fondo de su sér, bajo la apariencia de florentino ó de angélico joven, con el largo cabello en bucles, de ojos oscuros que velaban contemplando las obras de Boticelli un mozo práctico, muy acostumbrado á los negocios que administraba su fortuna con mucha cordura, y hasta con un poco de avaricia. Se contentó, con entornar un poco los ojos, con aire de languidez.

—¡Oh!—murmuró,—todo eso son conversaciones y mi alma está en otra parte.

—Sea como quiera,—dijo monseñor Nani encarándose con Pedro,—me considero muy dichoso porque hayáis podido asistir á este espectáculo tan hermoso.

Unas cuantas ocasiones más y habréis visto y comprendido sin ajena ayuda, lo que valdrá más que todas las explicaciones del mundo.

Mañana no faltéis á la gran ceremonia de San Pedro. Será magnífica y de ella deduciréis excelentes reflexiones, estoy seguro de ello...

Ahora permitidme que os abandone haciéndolo muy satisfecho de las condiciones en que os dejo.

Sus ojos inquisitivos, en una postrera mirada, parecía como que se enteraban con alegría del cansancio y de la incertidumbre que hacían palidecer el rostro de Pedro, y, cuando el prelado no estuvo ya allí y cuando hasta Narciso se marchó después de cambiar ligero apretón de manos, el joven presbítero, al quedarse solo, sintió que una sorda cólera de protesta se apoderaba de él. ¡Las buenas disposiciones en que se hallaba!

¿Cuáles eran esas buenas disposiciones? ¿Esperaba Nani fatigarle, desesperarle, haciéndole tropezar con obstáculos de manera que pudiese vencerle en seguida con gran facilidad?

Por segunda vez tuvo repentina y breve conciencia del sordo trabajo que se practicaba á su alrededor para reducirle y quebrantarle. Y una oleada de orgullo hizole desdenoso con la confianza que tenía en su fuerza de resistencia.

De nuevo se juró no ceder jamás ni refirar sus libros fuesen los que quisiesen los acontecimientos.

¡Cuando uno se entera en una resolución, se es inexpugnable, y qué importan las decepciones y las amarguras!

Antes de atravesar la plaza fijó aún sus miradas en las ventanas del Vaticano y todo se resumió: no quedaba más que el dinero cuya pesada necesidad sujetaba á la tierra, con sus últimas trabas, al papa libre hoy por otra parte de los bajos cuidados del poder temporal; ese dinero que le ataba y que le hacía malo, sobre todo por la manera como era dado.

Entonces, á pesar de todo, tuvo una alegría al pensar que, si solo se trataba allí de la cuestión de encontrar una forma de percepción, su sueño de un papa todo él alma, ley de amor, jefe espiritual del mundo, no había sufrido grandes quebrantos.

Y no quiso más que esperar, con la emoción dichosa del extraordinario espectáculo que había presenciado, de ese viejo débil resplandeciente como símbolo del rescate humano, obedecido y adorado por las muchedumbres y teniendo sólo en la mano la supremacía moral necesaria para hacer, que reinasen sobre la tierra, la caridad y la paz.

Por su suerte, tenía Pedro una tarjeta de color de rosa para la ceremonia del día siguiente, lo que le aseguraba un puesto en una tribuna reservada, porque el atropello, en las puertas de la basílica, fué grande, terrible, desde las seis de la mañana, hora á la que habían tenido la precaución de abrir las verjas, y la misa que el papa debía decir en persona, no debía verificarse hasta las diez.

La cifra de los tres mil fieles que componían la peregrinación internacional del dinero de San Pedro, iba á duplicarse con todos los viajeros que recorrían la Italia y que acudieron á Roma deseosos de presenciar una de esas grandes ceremonias pontificias, tan contadas á la sazón; esto sin contar con la misma Roma, con los partidarios y devotos de la Santa Sede que también figuraban allí lo mismo que los de otras ciudades del reino y que se apre-



suraban á manifestarse en cuanto tenían una ocasión para hacerlo.

Se quería, á juzgar por el número de tarjetas repartidas, que la concurrencia no bajara de cuarenta mil asistentes.

Cuando á eso de las nueve atravesó Pedro la plaza para dirigirse á la calle de Santa Marta, en donde estaba la puerta Canónica, y por la que entraban los que tenían tarjeta de color de rosa, vió aún, bajo el pórtico de la fachada, la cola sin fin que penetraba lentamente en la basílica mientras que algunos señores de frac negro, miembros de un círculo católico, se agitaban y movían al sol para que se conservase el orden, ayudándoles en esa tarea un destacamento de gendarmes pontificios.

A veces estallaban violentas disputas entre la multitud, y hasta se cambiaban algunos puñetazos en medio de involuntarios empujones. Se ahogaban entre aquellas apreturas y tuvieron que llevarse de allí á dos mujeres medio aplastadas.

Al entrar en la basílica tuvo Pedro una desagradable sorpresa.

A la inmensa nave habíanla revestido con fundas de antiguo damasco rojo con galones de oro que cubrían las columnas y las pilastras de veinticinco metros de altura, mientras que todo el contorno de las naves laterales estaba tapizado con la misma tela: aquello era en realidad de un gusto extraño, de un humillo de vanidad de adorno afectado y pobre, distinto de aquellos mármoles pomposos, de aquella decoración esplendente y soberbia, así ocultada, bajo el adorno de una seda antigua ajada por la edad.

Asombróse aún más empero, cuando vió que la estatua de San Pedro estaba también revestida, lo mismo que si fuese un papa viviente, con suntuosos hábitos pontificales y la tiara colocada sobre su cabeza de metal.

Nunca se le había ocurrido á Pedro que se pudiesen vestir las estatuas de aquella manera, para glorificarlas ó para alegrar la vista, y el resultado, le pareció funesto.

El Santo Padre debía decir la misa en el altar papal de la Confesión, en el altar mayor y bajo el solio. A la entra-

da del altar lateral que formaba el lado izquierdo de la cruz, sobre un estrado, encontrábase el trono al que iría en seguida á ocupar su lugar.

Además, á los dos lados de la nave central habían construído tribunas, la de los cantores de la capilla Sixtina, la del cuerpo diplomático, la de los caballeros de Malta, la de la nobleza romana, y la de los invitados de todas clases.

Y por último no había delante del altar y en el centro, más que tres hileras de bancos cubiertos con rojos tapices, de los que estaban destinados, el primero para los cardenales, el segundo y tercero para los obispos y para todos los prelados de la corte pontificia. El resto de la concurrencia debía permanecer en pie.

¡Ah! ¡Esa multitud enorme de concierto monstruo, esos treinta ó cuarenta mil fieles que acudían desde todas partes, inflamados por la curiosidad, la pasión y la fe, y se agitaban, movían y ponían de puntillas para ver mejor, y esto en medio de un rumor muy grande de marea humana, familiar y alegre con Dios, lo mismo que si se hubiese encontrado en cualquier teatro divino en el que estaba honestamente permitido el hablar alto y recrearse con el espectáculo de las pompas devotas!

Quedóse Pedro asombrado al principio, porque no conocía más que el acto de arrodillarse inquieto y silencioso en el fondo de sombrías catedrales ni estaba tampoco acostumbrado á esa religión de luz cuyo esplendor convertía una sagrada ceremonia en una fiesta en pleno día.

En la tribuna en que se hallaba tenía á su alrededor una porción de caballeros con frac y señoras con traje negro que llevaban en la mano los gemelos, lo mismo que si estuviesen en la ópera; había allí muchedumbre de señoras extranjeras, alemanas, inglesas, y sobre todo americanas, encantadoras y con la gracia de los pájaros aturdidos y parleros.

A su derecha, en la tribuna de la nobleza romana, reconoció á Benedetta y á su tía *donna* Serafina, y allí, recortándose sobre la sencillez reglamentaria del traje, luchaban los grandes velos de encaje en elegancia y riqueza.

Después, á su derecha hallábase la tribuna de los caba-



llos de Malta, en la que se veía al gran maestro de la orden rodeado por un grupo de comendadores; mientras que al otro lado de la nave, y enfrente de él, en la tribuna diplomática, pudo ver á los embajadores de todas las naciones católicas de gran uniforme cubiertos de resplandecientes bordados.

Pero, á pesar de todo ese esplendor, sus miradas volvían á fijarse en la multitud, en esa muchedumbre inmensa y movediza semejante á una ola, entre la que los peregrinos parecían haberse perdido ahogados entre millares de otros fieles.

La basílica, que podía contener con facilidad ochenta mil personas, apenas aparecía llena más que en una mitad por aquella muchedumbre á la que veía circular libremente á lo largo de las naves laterales, amontonarse entre las columnatas desde donde debía presenciarse con más comodidad el espectáculo.

Había allí quien gesticulaba, llamaba al amigo y se oía esto dominando el murmullo continuo de las conversaciones.

Por las elevadas y claras ventanas entraba la luz con entera libertad, reflejándose en el suelo en grandes extensiones ó ensangrentaba los tapices de damasco rojo, iluminando con fulgores de incendio las caras tumultuosas, febriles de impaciencia.

Las luces, las ochenta y siete lámparas de la Confesión palidecían, haciéndose semejantes á luces de lamparilla en medio de aquella cegadora claridad del día; y aquello no era más que la gala mundana del dios imperial de la pompa romana.

De pronto estalló una falsa alegría, una alarma. Corrió de boca en boca una voz que repitió de un extremo á otro toda aquella muchedumbre:

«Eccolo! ¡Eccolo! ¡Ahí está! ¡Ahí está!»

Y empezaron los empujones, las apreturas y los remolinos agitaron aquella ola humana y todos alargaron el cuello, procuraron crecer, se amontonaron con el frenesí de ver á Su Santidad y á su séquito.

Pero todo se redujo á la llegada de un destacamento de guardias nobles que iban á dar guardia al altar, colocán-

dose á derecha é izquierda. Se les admiró no obstante y los siguió un murmullo adulator por su hermosa apostura, lujoso uniforme, impasibilidad y una rigidez militar exagerada.

Una americana declaró que eran soberbios y una romana dió á una amiga suya inglesa algunos detalles acerca de ese cuerpo tan escogido, diciendo que en otros tiempos los jóvenes de la aristocracia tenían á orgullo formar parte de él por la riqueza del uniforme y para poder hacer caracollear su caballo delante de las hermosas, mientras que ahora el reclutamiento se hacía cada día más difícil, hasta el extremo de tener que admitir á jóvenes de buena presencia, pero de dudosa nobleza y arruinados, que se consideraban dichosos al poder conseguir la escasa paga para ir de ese modo viviendo.

Durante un cuarto de hora siguieron aún las conversaciones particulares, llenando las elevadas naves con su murmullo de concurrencia impaciente, que distrae la espera mirando á todas partes y á las personas que hay alrededor y se entretiene contando su historia mientras aguarda á que empiece el espectáculo.

Al cabo desfiló el séquito y esa era la gran curiosidad esperada, la pompa cuyo paso aguardaban con ansia ardiente para aclamarla. Entonces, lo mismo que en el teatro, cuando apareció estallaron furiosas salvas de aplausos, subieron y rodaron bajo las bóvedas, haciéndole una entrada semejante á la de un primer actor favorito del público, cuyo corazón trastorna.

Aparte de esto, y también de igual modo que en el teatro, habían preparado sabiamente la entrada, la aparición, de manera que produjese todo su efecto en medio de la decoración magnífica en que iba á presentarse.

El séquito se formó entre bastidores en el fondo de la capilla de la *Pietà*, que es la primera entrando por la derecha. Y para dirigirse allí, el Padre Santo que había ido desde sus habitaciones inmediatas por la capilla del Santo Sacramento, tuvo que ocultarse pasando por detrás de las tapicerías de la nave lateral utilizadas de este modo como si fuese un telón de fondo. Cardenales, arzobispos, todos los prelados pontificios esperaban allí clasificados, agrupados, según su jerarquía y prontos á ponerse en marcha,



Y lo mismo que á una señal dada por el director del cuerpo de baile, púsose en marcha el séquito haciendo su entrada dirigiéndose á la gran nave recorriéndola toda entera en triunfo, desde la puerta central al altar de la Confesión, entre las dobles hileras de fieles cuyos aplausos redoblaban delante de tanta magnificencia y á medida que subía el delirio del entusiasmo.

Era aquel el séquito de las antiguas solemnidades, precediale la cruz y la espada, la guardia suiza de gran uniforme, la servidumbre con librea encarnada, los caballeros de capa y espada con trajes de la época de Enrique II, los canónigos con roquete de encaje, los superiores de las comunidades religiosas, los protonotarios apostólicos, los arzobispos y obispos, toda la prelación pontificia con sus trajes de seda morada, los cardenales con *cappa magna*, adornados con la púrpura, yendo de dos en dos espaciados por grandes distancias y con gran prosopopeya.

Por último, alrededor de Su Santidad se agrupaban los oficiales de su cuarto militar, los prelados de la cámara secreta, monseñor mayordomo, monseñor maestresala, todos los elevados funcionarios del Vaticano, el príncipe romano asistente al trono, tradicional y simbólico defensor de la fe.

En la silla gestatoria, que los *flavelli* resguardaban con las altas plumas triunfales y que se balanceaba con el paso de los portadores de las andas, vestidos con sus rojas dalmáticas bordadas de seda, iba el Padre Santo revestido con los ornamentos sagrados que se había puesto en la capilla del Santo Sacramento, el amito, el alba, la estola, la casulla blanca y la mitra blanca, adornadas con ricos bordados de oro, las dos últimas, regalo que le enviaran desde Francia y que eran de una magnificencia extraordinaria.

Al acercarse el séquito levantábanse las manos ó palmoteaban con más fuerza bajo las ondas del espléndido sol que penetraba por las ventanas.

Pedro tuvo entonces una nueva visión de León XIII; no era ya el anciano de aspecto familiar, cansado y curioso paseándose del brazo de un prelado charlatán por el jardín más hermoso del mundo; no era tampoco el Santo

Padre con roja mucefa, que recibía paternalmente á una peregrinación que iba á llevarle una fortuna; no, no era nada de eso, y sí el Soberano Pontífice, el Maestro todopoderoso, el Dios, al que adoraba la cristiandad.

Lo mismo que si se hallase dentro de una urna de platería, parecía que su figura encogida y delgado cuerpo de cera habíanse puesto rígidos dentro de su blanca vestidura pesadamente bordada de oro. Tenía una inmovilidad hierática y altanera, la de un ídolo desecado, dorado desde hacía muchos siglos entre el humo de los sacrificios.

Eran los ojos los únicos que vivían en medio de la muerte rígida de su rostro, ojos de diamante negro y centelleante, fijos en la lontananza, fuera de la tierra, en lo infinito.

No tuvo ni una sola mirada para la multitud, ni bajó los ojos ni á derecha ni izquierda, permaneció en pleno cielo ignorando lo que sucedía á sus pies.

Y ese ídolo así paseado, como embalsamado, ciego y sordo, no obstante el brillo irresistible de sus ojos, en medio de aquella multitud frenética que parecía que no veía ni oía, adquiría una majestad terrible, una grandeza inquietante, toda la rigidez del dogma, la inmovilidad toda de la tradición exhumana con sus fajas (1), que eran las únicas que hacían se sostuviese derecho.

Creyó, sin embargo, Pedro, que el papa estaba delicado de salud, cansado sin duda, por ese acceso de fiebre de que monseñor Nani le había hablado la víspera, haciéndose lenguas del ánimo, glorificando el alma grande de ese anciano de ochenta y cuatro años, al que la voluntad hacía vivir para la soberanía de su misión.

Dió principio la ceremonia. Bajóse de la silla gestatoria en el altar de la Confesión, celebró lentamente el papa una misa rezada asistiéndole cuatro prelados y el protoprefecto de ceremonias.

En el lavatorio, monseñor mayordomo y monseñor el maestresala, á los que acompañaban dos cardenales, echaron el agua sobre las augustas manos del oficiante y poco antes de alzar, todos los prelados de la corte pon-

(1) Alude á las fajas ó cintas en que están envueltas las momias egipcias.



tificia, llevando en la mano un cirio encendido, fuéronse á arrodillar alrededor del altar.

Fué un instante solemne aquel en que los cuarenta mil fieles, reunidos allí, se estremecieron, sintieron pasar sobre ellos el soplo terrible y delicioso de lo invisible, cuando, mientras alzaban, los clarines de plata tocaron el famoso coro de los ángeles que todas las veces hace que se desmaye alguna mujer.

Casi en el mismo instante un canto aéreo descendió desde la cúpula, desde la galería superior en la que se hallaban ocultos ciento veinte coristas y fué aquello una maravilla, lo mismo que si al llamamiento de los clarines hubiesen respondido los ángeles en persona.

Las voces bajaban, volaban bajo las bóvedas con la ligereza de la música de celestes harpas: desvaneciéronse después con un acorde suave y remontaron á los cielos con un tenue ruido de alas que se apagó lentamente.

Terminada la misa el Santo Padre, de pie aun ante el altar, entonó el *Te Deum* que los cantores de la capilla Sixtina y los coros continuaron cantando cada uno de ellos un versículo alternativamente.

Aquella multitud enorme, se unió muy pronto á ellos elevándose las cuarenta mil voces que entonaron el canto de gloria y de alegría que resonó en la nave inmensa, con una brillantez incomparable.

Adquirió entonces el espectáculo, una magnificencia extraordinaria con aquel altar rematado por el labrado y cincelado solio de Bernín, rodeado por la corte pontificia, cuyos encendidos cirios, parecían convertirse en constelaciones de estrellas; con ese soberano pontífice en su centro y esplendoroso como un astro, con su casulla cubierta de dorados bordados, alzándose delante de los bancos de los cardenales con sus purpúreos ropones, de los arzobispos y obispos con sus sotanas de seda violeta, de aquellas tribunas, en que se veían los trajes de ceremonias, las casacas bordadas del cuerpo diplomático, los uniformes de los oficiales extranjeros, de aquella multitud que afluía de todas partes, moviéndose como una oleada de cabezas desde las lejanas profundidades de la basílica.

Y eran las proporciones desmesuradas de ésta, las que

sobrecogían, con sus naves laterales en que podía colocarse toda una parroquia, con sus cruceros tan vastos como iglesias de ciudad populosa, un templo que millares y millares de fieles no podían apenas llenar.

El himno de ese pueblo hacía colosal, y subía á lo alto con gigantesco soplo de tempestad entre las grandes tumbas de mármol, entre las estatuas sobrehumanas, á lo largo de las macizas columnas, llenando hasta las bóvedas que formaban el inmenso cielo de piedra, y hasta el firmamento de la cúpula, en el que se abría el infinito con el resplandecimiento del oro de los mosaicos.

Al *Te Deum*, siguió un prolongado rumor mientras que León XIII cambiando la mitra por la tiara, y la casulla por la capa pontifical, iba á ocupar su trono colocado sobre el estrado que se elevaba á la entrada del crucero de la izquierda.

Desde aquel sitio dominaba toda la concurrencia, y qué sensación hizo estremecer á ésta, como con un soplo venido de lo invisible, cuando se levantó después de terminadas las preces de ritual!

Apareció engrandecido, bajo la triple corona simbólica, y con la envoltura de oro de la capa.

En medio de brusco y profundo silencio, que sólo turbaba el latir de los corazones, levantó el brazo con un gesto lleno de nobleza, y dió lentamente la bendición papal, con una voz alta y fuerte, que parecía ser en él la voz del mismo Dios, de tal manera sorprendía al oírle salir de aquellos labios de cera, de aquel cuerpo exangüe y sin vida.

Y el efecto fué instantáneo, estallaron de nuevo los aplausos, en cuanto se organizó otra vez la procesión para retirarse por el sitio mismo que había ido; el frenesí del entusiasmo llegó á tal paroxismo, que no bastando el palmo-tear de las manos, mezcláronse las aclamaciones y los gritos que poco á poco fueron aumentando entre la multitud.

Esto empezó cerca de la estatua de San Pedro en un grupo ardiente: «¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re! ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!

Muy luego, al pasar la procesión papal, corrió ese viva como la llama de un incendio inflamando los corazones,



y pasando de uno á otro, y acabó saliendo de millares de bocas en estruendosa protesta contra la expoliación de los Estados de la Iglesia. Toda la fe, todo el amor de los fieles, sobreexcitados ante el regio espectáculo de tan hermosa ceremonia, retornaban al ensueño, al deseo exasperado del papa rey y pontífice, señor de los cuerpos como señor era de las almas, soberano absoluto de la tierra.

La única verdad estaba allí, la única felicidad, la única salvación, ¡que le diesen toda la humanidad y el mundo! «¡Evviva il papa re! ¡Evviva il papa re!» ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!

¡Ah! ¡Ese grito! ¡Ese grito de abandono y de ceguera cuyo voto al realizarse, hubiera sido la vuelta á los años de sufrimiento! Ese grito hizo que Pedro se rebelase y se decidiese á abandonar la tribuna en que se hallaba, como para escapar al contagio de la idolatría.

Después, mientras que el séquito seguía desfilando aún, siguió á lo largo de la nave lateral de la izquierda entre las aperturas y el ensordecedor clamor, que continuaba de la multitud delirante.

Temiendo no poder llegar á la calle, y queriendo evitar el barullo de la salida, tuvo la inspiración de aprovechar la coyuntura de encontrar una puerta abierta y se refugió en un vestíbulo en que empezaba una escalera que iba á parar á la cúpula.

Un sacristán que estaba en pie delante de esa puerta, azorado y admirado con la manifestación, mirólo un momento, y vaciló entre detenerle ó no; pero, la vista de la sotana ó mejor aun la profunda emoción que le dominaba, hicieronle tolerante.

Con un ademán, permitió la entrada á Pedro que en seguida empezó á subir la escalera, pero rápidamente, para huir, subir más arriba, más aun, en busca de la paz y del silencio.

Y, bruscamente, hízose éste profundo, las paredes ahogaron los gritos de los que dijérase que sólo conservaban el estremecimiento.

Era una escalera cómoda y clara, de anchos escalones embaldosados, dando la vuelta en una especie de torrecilla. Cuando desembocó sobre los techos de las naves, sin-

tió una gran alegría al encontrarse al sol esplendente y en medio del aire puro y vivo que soplabá allí como en campo raso.

Asombrado recorrió con la vista aquel inmenso desenvolvimiento de plomo, zinc y piedra, toda una ciudad viéndose de su propia existencia bajo el cielo azul. Vió cúpulas, campanarios, terrazas, hasta casas y jardines, las casas adornadas con flores de algunos obreros que viven de asiento en la basílica, en la que están encargados de continuos trabajos de conservación.

Allí se mueve una pequeña población que trabaja, ama, come y duerme; quiso acercarse á la balaustrada impulsado por la curiosidad, para examinar de cerca las colosales estatuas del Salvador y de los Apóstoles que rematan la fachada encima de la plaza de San Pedro, gigantes de seis metros, á los que hay que estar constantemente reparando, y cuyos brazos, piernas y cabezas, corroídos por la intemperie, sólo se sostienen con ayuda de cemento, barras y grapas.

En el momento en que se inclinaba para contemplar aquel amontonamiento rojo, formado por los techos del Vaticano, se le figuró que el grito del que iba huyendo, se elevaba desde la plaza. Apresuradamente continuó su ascensión por el pilar que conducía á la cúpula.

Era al principio, una escalera, después corredores ahogados y oblicuos, rampas cortadas por algunos escalones, entre las dos paredés de la cúpula doble, la exterior y la interior.

Una vez impulsado por la curiosidad, empujó una puerta y se volvió á hallar en la basílica, pero á unos sesenta metros del suelo, y en una estrecha galería que daba la vuelta interiormente á la cúpula, precisamente encima del friso, en el que con letras de siete pies de altura se leía esta inscripción: *Tu est Petrus et super hanc petram...* y habiéndose echado de bruces sobre la barandilla para contemplar el enorme agujero que se abría á sus pies, y que tenía enormes hendiduras hacia la parte de las naves y de los cruceros, recibió violentamente en el rostro el grito, aquel grito delirante de la multitud que bullía á sus pies con un clamor incesante.



Más arriba, halló una segunda puerta que empujó, y se encontró en otra galería, pero esta vez encima de las ventanas, y en donde comenzaban los resplandecientes mosaicos.

Desde allí, la multitud le pareció achicada, alejada y perdida entre el vértigo del abismo en el fondo del que, las estatuas gigantes, el altar de la Confesión, el solio triunfal de Bernín, no eran más que juguetes, y no obstante, el grito se oyó otra vez, llegó hasta él abofeteándole con rudeza de huracán, cuya fuerza se aumenta con la carrera.

Tuvo que subir aún más arriba, seguir subiendo hasta llegar á la galería exterior de la torrecilla de la cúpula, elevándose en pleno cielo para dejar de oírlo.

¡En aquel baño de aire y de sol, en aquel baño de lo infinito, qué sensación de alivio, de consuelo, experimentó desde luego!

Encima de él no había nada más que la bola de bronce dorado, hasta la cual han subido emperadores y reinas, como lo atestiguan las pomposas inscripciones de los corredores; la bola está hueca, y en ella resuena la voz con el estruendo del trueno y se oyen allí todos los ruidos del espacio.

Había salido por la parte del ábside y paseó primero sus miradas por los jardines pontificios, cuyos macizos de árboles parecíanle desde aquella altura, matorrales á ras del suelo. Reconstituyó su reciente paseo, el vasto parterre semejante á una alfombra de Smirna de colores ya marchitos, el gran bosque de un verde profundo y blancuzco de charca de agua estancada, y el huerto y la viña más familiares y cuidados con gran esmero.

Las fuentes, la torre del Observatorio, el Casino, en que el papa pasaba los calurosos días del estío, no eran más que otras tantas manchitas blancas que se destacaban en medio de aquellos terrenos irregulares cerrados burguesamente por el terrible murallón de León XIV, que conservaba su aspecto de antigua fortaleza.

Dió después la vuelta á la torrecilla á lo largo de la estrecha galería, y se encontró bruscamente ante Roma, una inmensidad que se desarrollaba de golpe; el mar allá á lo

lejos en el Oeste, las cadenas de montañas sin interrupción, al Este y al Mediodía, la campiña romana llenando todo el horizonte y semejante á un desierto uniforme y verdoso, y la ciudad, la Ciudad Eterna á sus pies. Jamás había experimentado una sensación tan grande de extensión. Roma estaba allí, reunida, bajo la mirada á vista de pájaro con la claridad de un plano geográfico en relieve.

¡Un pasado, tal y tal historia, tanta grandeza y una Roma tan encogida por la distancia, casitas liliputienses y lindas como juguetes, apenas una mancha de moho sobre la tierra!

Y lo que más le apasionó fué el comprender claramente, con una sola ojeada las divisiones de la ciudad; la ciudad antigua allá abajo, el Capitolio, el Foro, el Palatino, la ciudad papal en ese Borgo que dominaba con San Pedro y el Vaticano, que contemplaban á la ciudad moderna, al Quirinal italiano, por cima de la ciudad de la Edad Media, apilada en el fondo del ángulo recto, que forma el Tiber rodando sus aguas amarillentas y espesas.

Acabóle de impresionar una observación que hizo; la cintura yesosa que formaban los barrios nuevos al núcleo central de antiguos barrios enrojados abrasados por el sol, un verdadero símbolo del rejuvenecimiento intentado; el corazón viejo resistiéndose á las lentas reparaciones, mientras que los miembros extremos, se renovaban como por milagro.

Con el ardiente sol del mediodía, no encontró empero, Pedro á Roma tan clara, tan pura como la vió la mañana de su llegada, bajo la deliciosa dulzura del astro, al levantarse sobre el horizonte.

No era la Roma sonriente y discreta, velada á medias por una dorada bruma y como volando en su sueño de infancia. Se le presentaba á la sazón inundada de claridad cruda, con una inmóvil dureza y con un silencio de muerte.

Los fondos aparecían como comidos por una llama muy viva, ó inundados por una polvareda luminosa, en la que desaparecían.

Y la ciudad entera se recostaba con violencia sobre



aquellas lontananzas descoloridas, en grandes masas de luz y de sombra, con brutales aristas. Habrías dicho que aquello era una antigua cantera abandonada, iluminada á plomo, y que algunos grupos de árboles, eran los únicos que la manchaban de verde en algunos sitios.

De la ciudad antigua se veía la torre retostada del Capitolio, los negros cipreses del Palatino, las ruinas del palacio de Septimio Severo, semejantes á huesos blanqueados, á un esqueleto de un monstruo fósil llevado allí por los diluvios.

Enfrente hallábase la ciudad moderna, con las grandes alas del Quirinal restauradas de nuevo, cubiertas con un revoco, cuya corteza amarilla resaltaba de una manera extraordinaria entre las cimas vigorosas del jardín; y más allá, en las alturas del Viminal, á derecha é izquierda, extendíanse los nuevos barrios con una blancura de yeso, una ciudad de yeso rayada por las mil pequeñas líneas de tinta de las ventanas.

Después, por acá y acullá, á la casualidad, véanse la charca de agua estancada del Pincio, la villa Médicis, llevando al aire sus dobles torres; el fuerte de Santángelo con su color de hierro oxidado, el campanario de Santa María la Mayor, ardiendo como un cirio; las tres iglesias del Aventino adormecidas entre las ramas, el palacio Farnesio con sus tejas de oro viejo, recocidas por los estíos, las cúpulas de Jesús, de San Andrés del Valle, de San Juan de los Florentinos, y cúpulas y torres, y más cúpulas y más torres, todo en fusión é incandescente bajo la brasa del cielo.

Y entonces Pedro sintió que de nuevo se le oprimía su corazón ante aquella Roma violenta, dura, tan poco semejante á la Roma de sus ensueños, la Roma del rejuvenecimiento y de la esperanza que creyó hallar la primera mañana, y que á la sazón se desvanecía para ceder su puesto á la inmutable ciudad del orgullo y de la dominación, obstinándose bajo el sol hasta la muerte.

De pronto y sólo allí arriba comprendió Pedro; fué como una llamarada que le deslumbró en el espacio libre, ilimitado en donde él se hallaba ¿era acaso la ceremonia á la que acababa de asistir, el grito fanático de servidum-

bre que seguía aún zumbando en sus oídos? ¿no sería más bien la vista de aquella ciudad tendida á sus pies como reina embalsamada que sigue reinando entre el polvo de su sepulcro?

No habría podido decirlo, pero indudablemente obraban las dos causas. La claridad fué grande y completa, y comprendió que el catolicismo no podría existir sin ese poder temporal y que desaparecería fatalmente el día en que dejase de ser rey sobre esta tierra.

Desde luego eran el atavismo, las fuerzas de la historia, la larga serie de herederos de los Césares, los papas, los grandes pontífices, en cuyas venas no había dejado de circular la sangre de Augusto que exigía el imperio del mundo.

En vano vivían en el Vaticano porque procedían de los palacios del Palatino, del de Septimio Severo, y su política, á través de tantos siglos, no tuvo nunca más objetivo ni más ensueño que la dominación romana; todos los pueblos sometidos, vencidos, obedeciendo á Roma.

Fuera de esa realeza universal, de la posesión total de los cuerpos y de las almas al catolicismo perdía su razón de ser, porque la Iglesia no puede reconocer la existencia de un imperio ó de un reino en que políticamente el emperador y el rey no sean sencillos delegados temporales, encargados de administrar los pueblos, mientras llega el momento de devolvérselos.

Todas las naciones, la humanidad con la tierra entera, pertenecen á la Iglesia, que las recibió de Dios.

Si no tiene hoy la posesión real, es que cede ante la fuerza, obligada á aceptar los hechos consumados, pero bajo la reserva formal de que hay usurpación culpable, que detentan injustamente su propiedad y, esperando la realización de las promesas de Cristo que, en el día fijado, la devolverá para siempre la tierra, y los hombres la su premacía.

Tal es la verdadera ciudad futura, la Roma católica soberana una segunda vez. Roma formaba parte del sueño; es á Roma también á la que predijeron la eternidad, el suelo mismo de Roma que dió al catolicismo la sed inextinguible del poder absoluto.



Era por esto por lo que el destino de Roma estaba unido al del pasado hasta el extremo que un papa fuera de Roma no sería un papa católico.

Y Pedro, apoyado en la delgada barandilla de hierro, inclinado á tanta altura encima del abismo, en el que la ciudad vetusta y dura acababa de desmigarse bajo el ardiente sol, se asustó y sintió de pronto pasar por sus huesos el gran estremecimiento de las cosas y de los seres.

Hízose claramente la evidencia. Si Pío IX, si León XIII habían resuelto encerrarse en el Vaticano, era porque una necesidad ineludible les obligaba á permanecer en Roma. Un papa no es dueño de salir de allí, de ser en otra parte el jefe de la Iglesia.

Del mismo modo un papa, por mucha que sea su inteligencia y por muy modernizado que esté, no sabría hallar en sí el derecho para renunciar al poder temporal. Hay en esto una herencia inalienable que tiene que defender; es por otra parte una cuestión de vida que se impone, pero sin discusión posible.

Por eso León XIII ha conservado el título de señor y rey del dominio temporal de la Iglesia, tanto más cuanto que, como cardenal, y al igual que todos los demás miembros del Sacro Colegio, había, al ser elegido, jurado conservar ese dominio intacto.

Si Italia durante un siglo guarda á Roma como capital, los papas que se sucedan durante ese siglo, no dejarán de protestar violentamente, reclamando su reino. Y si algún día se llegaba á un acuerdo, sería sobre la base de la cesión de un girón de territorio.

¿No se dijo, cuando circularon los rumores de reconciliación, que el papa reinante ponía como condición formal la posesión, al menos, de la Ciudad Leonina con la neutralización de un camino que llegase hasta el mar?

Nada de todo, no es bastante, y no se puede empezar por no tener nada para llegarlo á tener todo. Mientras que la Ciudad Leonina, ese rincón de ciudad tan estrecho, ya es algo, un poco de tierra leal y no hay más que reconquistar el resto, Roma y después Italia, más tarde las naciones vecinas y por último el mundo.

Nunca desesperó la Iglesia, ni aun en aquellos días en

que abatida, decaída y despojada, estaba como moribunda.

No abdicará jamás, no renunciará á las promesas de Cristo, porque tiene fe en su ilimitado porvenir y se dice que es indestructible y eterna. Que la concedan un canto para apoyar la cabeza y confía en que muy pronto se apoderará del campo en que está el canto y del imperio en que está enclavado éste.

Si un papa no puede llevar á buen término la empresa de recobrar la herencia, otro la intentará y si es preciso otros diez, veinte papas, seguirán el mismo camino. Los siglos no se cuentan para nada.

Esto es lo que hacía que un anciano de ochenta y cuatro años intentase empresas colosales que exigían la vida de muchos hombres, con la certidumbre de que le sucederían otros, y que las empresas se seguirían y concluirían á pesar de todo.

Y Pedro se creyó un imbécil con su sueño de un papa puramente espiritual, enfrente de aquella antigua ciudad de gloria y de dominación, tan obstinada con su púrpura.

Le pareció aquello tan diferente, tan fuera de su lugar, que experimentó una especie de vergonzosa desesperación. El nuevo papa evangélico, que sería un papa puramente espiritual, que reinaría tan sólo sobre las almas, no podía, por cierto, caber dentro de la imaginación de un prelado romano.

El horror de eso, la repugnancia, por así decirlo, física, se le presentó de pronto al recordar aquella corte papal, estancada en los ritos, en el orgullo y en la autoridad.

¡Ah! ¡Qué llenos de admiración y de desdén ante aquella singular elucubración del Norte, un papa sin territorio y sin súbditos, sin cuarto militar y sin honores reales, espíritu puro, autoridad puramente moral, encerrada en el fondo del templo y no gobernando el mundo más que con su gesto de bendición por la bondad y el amor! Esto no era más que una invención gótica, hecha entre brumas y nieblas, para ese clero latino, sacerdotes de la luz y de la ostentación, ciertamente piadosos y hasta supersticiosos, pero que dejaban á Dios bien abrigado en su tabernáculo